

continuidad de la conciencia; pero no podía ser de otro modo: para el materialismo, la conciencia, la memoria, la inteligencia, no son sino el resultado de la función de ciertos órganos. Cuando estos órganos se separan o se disuelven, la conciencia y la memoria se anonadan necesariamente. Tal es además lo que formalmente ha enseñado Salomón, el único filósofo que quizá haya producido la antigüedad judaica.

Después, algunos sectarios, los fariseos, trataron de elevar una tímida protesta en favor de los principios del espiritualismo, mientras otra secta, la de los alsenios, de donde salió Jesús, se inclinaba hacia la tradición del panteísmo oriental; pero todo ello no pasó de simples tentativas, y la filosofía dominante, lo mismo que la religión, no cesó de conservar ese carácter materialista de que la raza judía, siempre ocupada en operaciones comerciales y bancarias, ha conservado la indeleble marca.

Examinemos ahora la ética procedente de esta filosofía y de este pensamiento religioso; estudiemos la moral hebraica tal como nos ha sido transmitida por el *Pentateuco*, por los *Proverbios* llamados de Salomón y por los sublimes cantos de Isaías.

La moral primitiva del pueblo de Jehová no defiere apenas de la que la necesidad y la fuerza de las cosas han impuesto a todas las grandes sociedades primitivas.

He ahí el célebre *Decálogo*, del que se ha hecho, desde hace diez y seis siglos, la base de toda moral, aunque no sea superior a las más antiguas promulgaciones morales de la India y de Persia, y que sea con mucho inferior al *Ritual Funerario* de los egipcios, que le es anterior de más de dos mil años.

«Yo soy el Eterno tu Dios, que te he sacado de Egipto y de la casa de servidumbre.

»I. No tendrás otros dioses delante de mí.

»II. No te harás imagen tallada,

ni representación cualquiera de las cosas que están arriba en los cielos, ni abajo sobre la tierra, ni más bajo que la tierra en las aguas. No te prosternarás delante de ellas y no les servirás; porque yo, el Eterno tu Dios, soy un Dios celoso que castiga la iniquidad del padre sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de aquellos que me odian, y que hace misericordia a la milésima generación a aquellos que me aman y que observan mis mandamientos.

»III. No tomarás el nombre del Eterno tu Dios, en vano; porque el Eterno no dejará impune al que tome su nombre en vano.

»IV. Acuérdate del día del reposo para santificarle: trabajarás seis días y harás todo tu trabajo. Pero el sétimo día es el día de reposo del Eterno tu Dios; no harás ninguna obra, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu servidor, ni tu servidora, ni tu ganado, ni el extranjero que está en tus puertas. Porque en seis días el Eterno ha hecho los cielos y la tierra, el mar y todo lo que contiene, y se reposó el sétimo día. Por eso el Eterno ha bendecido el día del reposo y le ha santificado.

»V. Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se prolonguen en el país que el Eterno tu Dios te da.

»VI. No matarás.

»VII. No cometerás adulterio.

»VIII. No hurtarás.

»IX. No darás falso testimonio contra tu prójimo.

»X. No ambicionarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su servidor, ni su servidora, ni su buey, ni su asno, ni ninguna cosa que pertenezca a tu prójimo.»

Prescindamos de los primeros mandamientos: son puramente religiosos; tienen por objeto el dios celoso que castiga sobre los hijos, hasta la cuarta generación, las faltas de los padres.

«Dios bárbaro — dice Arreat — que pasaba al filo de la espada los pueblos que se hallaban sobre el camino de su pueblo, y que hería a los filisteos con